

CHATEANDO CON EL DIABLO

La conoció en Internet. Durante los primeros días se enviaban mensajes de correo, y finalmente acabaron chateando y viéndose en las pantallas de sus ordenadores a través de sus cámaras web. Desde el primer momento, se había establecido entre ellas un lazo de amistad, que las llevaba a pasar varias horas de cada jornada contándose sus secretos e intimidades. María vivía sola. Era una chica de treinta años, rubia y de facciones muy agradables, que gustaba de la literatura, especialmente la del género de terror. Raquel, sin embargo, prefería las novelas románticas; estaba casada y rozaba los treinta y dos. A lo largo de sus interminables chateos, le había contado que su marido era bastante egoísta y que la dejaba sola hasta altas horas de la noche, yéndose a jugar al billar o a echar partidas de póker con sus amigos. Al principio, Raquel había protestado por esa actitud, pero al ver que su esposo no daba el brazo a torcer, optó por aceptarlo, porque, en el fondo, temía que él pudiera llegar a maltratarla.

Aquella noche estaban chateando, como de costumbre. Las imágenes de ambas, moviéndose a intervalos en las pantallas, mostraban dos chicas preciosas, jóvenes y llenas de vitalidad. De repente, detrás del rostro de Raquel, María vio una sombra, una imagen oscura que se acercaba hacia la cámara. Luego todo pasó tan rápidamente que casi no pudo distinguir lo que estaba sucediendo: Una figura vestida con ropa negra y pasamontañas había cogido a Raquel por el pelo y le sacudía la cabeza de parte a parte, mientras la pantalla mostraba los enloquecidos ojos de la muchacha intentando zafarse de su agresor. La golpeó varias veces con el puño y cuando estaba semiinconsciente, abrió una navaja de afeitar y le cortó el cuello en redondo. La sangre salpicó toda la escena de rojo escarlata y este color se extendió por toda la pantalla del ordenador de su interlocutora. La cabeza de Raquel, casi desprendida de su torso quedó apoyada en la mesa, inmóvil, mirando fijamente a la cámara, que mostraba sus ojos aterrorizados en el

monitor de María, en un primer plano. Súbitamente apareció la imagen del agresor, con el pasamontañas ocultándole el rostro, observándola atentamente y a continuación, en el cuadro de texto del Chat, vio una amenazadora frase: “Ya te tengo. No vas a poder escapar. No sabrás ni dónde ni cuándo, pero voy a por ti”

María no se había dado cuenta de que su propia cámara la estaba observando con su objetivo frío e impasible, enviando su rostro hacia el monitor de la desdichada Raquel, perfectamente visible y reconocible por el agresor. Histérica y temblorosa, intentó desconectarla para que dejara de emitir su imagen, pero estaba tan alterada que no acertaba a hacerlo. La arrancó materialmente del soporte, volviéndola hacia la pared y apagó el ordenador, pero ya era demasiado tarde, porque el intruso había guardado una foto suya, que luego imprimió en papel y después obtuvo tanta información en la lista de contactos que no le iba a ser difícil dar con ella.

María intentó recuperar la calma, pero su mente se empeñaba en mostrarle los ojos fijos de Raquel, mirándola, como culpándola por no haberla ayudado. Cuando consiguió serenarse lo bastante, marcó el número de la policía y relató lo sucedido. No tardaron en personarse en su casa un inspector y dos agentes, que anotaron detalladamente su declaración y luego se llevaron el ordenador a la comisaría. Antes de que se marcharan, María le preguntó al investigador si el asesino podría llegar a encontrarla y éste le respondió que dependía de la habilidad que tuviera con la informática, pero que no era probable. Esta respuesta, por cierto, nada convincente, acabó por sembrar la inquietud en su corazón.

Aquella noche no pegó ojo y la pasó acurrucada en el borde de la cama, sobresaltándose por el menor ruido que su exaltada mente se empeñaba en maximizar. Su imaginación desatada componía las imágenes más atroces de un maníaco desesperado por la

necesidad de acabar con la amenaza que ella representaba, como la única testigo capaz de acusarle y sentenciarlo.

Lentamente pasaron dos semanas, en las cuales tuvo que hacer varias visitas a la comisaría y al juzgado y, por prudencia, se acordó mantener el asunto en un secreto hermético. Pero por algún error, intencionado o no, la noticia salió en un periódico local, ante los ojos incrédulos de María y del inspector de policía. Éste, viendo que a partir de entonces, nadie daría ni un céntimo por la vida de la chica, pidió al juez que la protegiera, pero el magistrado no lo creyó necesario. Después de todo, en el artículo no había ningún dato sobre ella, ni su nombre ni su domicilio.

María tuvo que volver a su piso, con la única protección de un “busca” que le dio el inspector. Tenía un único pulsador y, ante cualquier situación de peligro, bastaba con presionarlo para que el artilugio emitiera una señal suficiente para localizarla de inmediato. Pero a pesar de eso, sentía un pánico tan hondo que no la dejaba vivir, una sensación de inseguridad tal que le impedía cerrar los ojos para dormir, por temor a no poder volver a abrirlos.

Una noche que volvía sola a casa, después de haber compartido una cena con sus amigas, alrededor de las dos de la madrugada, oyó tras ella unas pisadas que resonaban en la acera, e instintivamente se giró. Vio una silueta a unos treinta metros de distancia, que parecía seguir su misma dirección. Por fortuna, en la siguiente manzana estaba el edificio donde vivía y apresuró la marcha, porque su corazón empezaba a latir fuertemente amenazando con estallar. Abrió la puerta del vestíbulo y apretó nerviosamente el botón de llamada del ascensor, que tardó una eternidad en llegar. Entró en la cabina y, al hacerlo, volvió la cabeza para ver si la figura había desaparecido, pero no era así: Se había detenido frente a la puerta y la observaba desde el exterior. Pulsó temblorosamente el botón de la planta de su apartamento y el aparato

elevador inició la marcha, para llevarla con suavidad hasta allí. Apenas cerró la puerta, éste volvió a ponerse en marcha hacia abajo, demasiado rápido, porque a esas intempestivas horas no era frecuente el trasiego de vecinos. Por ello, ya visiblemente asustada, entró en su piso, cerró con llave y extrajo el “busca” de su bolso por si necesitara usarlo.

Luego el tiempo se detuvo.

Media hora más tarde ya se había serenado y se sintió con ánimo para darse una ducha caliente e intentar dormir. Entró en el cuarto de baño, se desnudó y se metió en la bañera, dejando el aparato localizador al alcance de la mano, a través de la cortina. El agradable contacto del agua caliente en su piel la ayudó a calmarse y a relajarse, y el pequeño recinto se sumió en una nube de vapor.

Súbitamente le llegó una ráfaga de aire frío que la desconcertó y algo se interpuso en la luz provocando una leve sombra. María se quedó paralizada al instante, pero luego, conteniendo el aliento, entreabrió la cortina. Frente a ella, en medio de la niebla, apareció una figura oscura que llevaba algo en la mano derecha. Ella lanzó un grito de terror, e intentó protegerse, pero el intruso ya la había cogido por el pelo y la obligaba a echar la cabeza hacia atrás... Vio, horrorizada, como levantaba la mano derecha, en la que mostraba la hoja de una navaja de barbero,... cuando sonó un estruendo, como un cañonazo, justo en el momento en que la muchacha esperaba recibir el tajo mortal en el cuello. El agresor aflojó los dedos que la sujetaban y se desplomó.

Oyó entonces la familiar voz del inspector de policía que le pidió que se vistiera y saliera de allí.

Francisco Artacho Arjona